

NORA ROBERTS BAJO SEUDÓNIMO

J.D. ROBB

DESNUDA ANTE LA MUERTE



Desnuda ante la muerte



Desnuda ante la muerte

J. D. Robb

Traducción de Lola Romani



TERCIOPELO

Lo que es pasado es prólogo.

WILLIAM SHAKESPEARE

La violencia es tan americana como
el pastel de cerezas.

RAP (HUBERT GEROLD) BROWN

Capítulo uno

Se despertó en la oscuridad. Los primeros rayos de un solbrío amanecer se filtraban a través de las tablillas de la persiana y se proyectaban sobre la cama como una sombra de barrotes. Fue como despertarse en una celda.

Durante unos momentos se quedó, simplemente, allí tumbada, temblando y como aprisionada. Poco a poco la pesadilla se fue disolviendo. Después de diez años en el cuerpo de policía, Eve todavía tenía pesadillas.

Seis horas antes había matado a un hombre y había observado la muerte en sus ojos. No era la primera vez que imponía fuerza máxima, ni la primera vez que tenía una pesadilla. Había aprendido a aceptar tanto los actos como las consecuencias.

Pero era la imagen de la niña lo que la perseguía. La niña a la cual no había tenido tiempo de salvar. La niña cuyos gritos resonaban en sus pesadillas junto a los suyos propios.

Toda esa sangre, pensó Eve. Se limpió el sudor de la cara con las manos. Una niña demasiado pequeña para tener tanta sangre en el cuerpo. Eve se daba cuenta de que era de vital importancia dejar ese pensamiento de lado.

El procedimiento estándar del departamento exigía que pasara la mañana en examen. Cualquier agente que descargara su arma con consecuencia de muerte debía someterse a un examen emocional y psiquiátrico antes de poder continuar en servicio. Eve consideraba esas pruebas como un pequeño grano en el culo.

Las superaría, al igual que las había superado en ocasiones anteriores.

Se puso en pie y las lámparas del techo se encendieron automáticamente, a baja intensidad, desde la cama hasta el baño. Al verse en el espejo, hizo una mueca. Tenía los ojos hinchados por la falta de sueño y la piel tan pálida como la de los cuerpos que había enviado al médico forense.

Pero no quiso demorarse en esa imagen. Entró en la ducha, bostezando.

—Dispara 38 grados, presión máxima —ordenó.

Se volvió para que el chorro de agua le cayera directamente sobre la cara. Mientras el vapor se elevaba, se enjabonó descuidadamente. Los sucesos de la noche anterior se le mezclaban en la mente. No tenía que presentarse a examen hasta las nueve, así que dedicaría las siguientes tres horas a serenarse y a dejar que la pesadilla desapareciera por completo.

Una pequeña duda o un ligero arrepentimiento resultaban detectados con frecuencia y podían requerir otra ronda más intensa, otra ronda sometida a las máquinas y a esos técnicos con ojos de lince que las manejaban.

Eve no tenía intención de estar fuera de circulación más de veinticuatro horas.

Se puso el albornoz y se dirigió a la cocina. Programó el AutoChef en café solo y tostadas no muy hechas. Desde la ventana le llegaba el pesado zumbido del tráfico aéreo que transportaba a los viajeros madrugadores a sus oficinas, y a los trasnochadores a sus casas. Había escogido, años antes, ese apartamento precisamente porque se encontraba en una densa zona de tráfico terrestre y aéreo. Le gustaba el ruido y la masa de gente. Volvió a bostezar y echó un vistazo por la ventana. Siguió con la vista el veloz recorrido de un viejo airbus que transportaba a los trabajadores que no tenían la suerte de trabajar en la ciudad o en sus cercanías.

Cargó el *New York Times* en el monitor y leyó por encima los titulares mientras la falsa cafeína le encendía el sistema. El AutoChef había quemado la tostada otra vez, pero se la comió de todas formas mientras pensaba vagamente en pedir una unidad de recambio.

Se encontraba leyendo un artículo acerca de una masiva retirada del mercado de unos robots cocker spaniel cuando el TeleLink hizo un *bip*. Eve lo puso en modo «comunicación» y esperó a que el rostro de su comandante apareciera en la pantalla.

—Comandante.

—Teniente —la saludó, con un rápido asentimiento de cabeza. Observó el pelo todavía mojado y los ojos soñolientos—. Incidente en la Veintisiete de Broadway Oeste, planta dieciocho. Tienes prioridad.

Eve levantó una ceja:

—Estoy en examen. Sujeto muerto a las 22:35h.

—Es imperativo —le dijo, sin una pausa—. Recoge tu arma y tu chaleco de camino al lugar. Código cinco, teniente.

—Sí, señor.

El rostro de él desapareció antes de que ella hubiera podido apartarse de la pantalla. Código cinco significaba que ella debía informar directamente a su comandante, que no habría informes abiertos entre departamentos y que no habría ninguna colaboración con la prensa.

Básicamente, significaba que estaba sola.

Broadway se encontraba lleno de gente y de ruido, era una fiesta de la cual los ruidosos invitados nunca se marchaban. La calle, los peatones y el tráfico aéreo resultaban apabullantes y llenaban el aire de cuerpos y de vehículos. Eve recordaba que, en sus viejos tiempos de uniforme, ése era un punto negro de accidentes y de turistas aplastados, quienes

tenían tanto trabajo en admirar esa fiesta que no tenían tiempo de apartarse de en medio.

Incluso a esa hora, el vapor de los puestos de comida, fijos y rodantes, se elevaba en el aire con el aroma de todo tipo de platos, desde fideos de arroz hasta salchichas de soja, que se ofrecían a la multitud de grupos de gente. Eve tuvo que esquivar bruscamente a un ansioso comerciante que transitaba con su humeante Glida-Grill. Recibió el dedo corazón levantado como algo absolutamente normal.

Aparcó en doble fila y, después de evitar tropezarse con un hombre que olía peor que la botella de alcohol que llevaba en la mano, llegó a la acera. Primero observó el edificio. Cincuenta pisos de brillante metal que se clavaban en el cielo como un cuchillo levantado sobre una empuñadura de cemento. Antes de llegar a la puerta recibió dos proposiciones.

No se sorprendió, ya que esa área de cinco bloques de Broadway era conocida con el afectuoso sobrenombre de «paseo de las prostitutas». Enseñó la placa al vigilante que guardaba la entrada.

—Teniente Dallas.

—Sí, señor. —El hombre volvió a colocar el precinto oficial en la puerta para mantener fuera a los curiosos y luego la condujo hasta la zona de los ascensores—. Planta dieciocho —dijo, mientras las puertas se cerraban detrás de ambos.

—Infórmeme, agente. —Eve conectó la grabadora y esperó.

—No fui el primero en llegar a la escena, teniente. Sea lo que sea lo que haya sucedido arriba, no ha salido de arriba. Hay una placa dentro, esperándola. Tenemos un homicidio y un código cinco en la número 1803.

—¿Quién dio el aviso?

—No tengo esa información.

Él permaneció donde estaba cuando las puertas del ascensor se abrieron. Eve salió y se encontró en un estrecho

corredor. Unas cámaras de seguridad la enfocaron desde el techo y sus pasos casi no se oyeron sobre la desgastada lana de la moqueta hasta que llegó a la 1803. No hizo caso del lector de manos y se anunció con la placa levantada al nivel de la vista frente a la cámara de vigilancia hasta que la puerta se abrió.

—Dallas.

—Feeney.

Ella sonrió, contenta de ver un rostro familiar. Ryan Feeney era un viejo amigo y viejo compañero que había cambiado la calle por el escritorio de un cargo alto en la División de Detección Electrónica.

—Así que hoy en día mandan a los chispas informáticos.

—Querían cargos altos, a los mejores.

Los labios de Feeney dibujaron una curva en el arrugado rostro, pero sus ojos permanecieron serios. Era un hombre pequeño y achaparrado, de manos pequeñas y achaparradas, y con un cabello que tenía el tono del óxido.

—Parece que te hayan dado una paliza.

—Una noche difícil.

—Eso he oído.

Le ofreció una nuez acaramelada de la bolsa que siempre llevaba consigo mientras la observaba y valoraba si estaría preparada para lo que le esperaba en la habitación de al lado.

Ella era joven para el rango que tenía, apenas treinta, y sus ojos, grandes y marrones, nunca habían tenido la oportunidad de ser inocentes. Llevaba el pelo marrón muy corto, más por una cuestión de conveniencia que de estilo, pero le quedaba bien con los rasgos afilados de su rostro triangular, de pómulos altos y barbilla con hoyuelo.

Era una mujer alta y delgada, con tendencia a adelgazar, pero Feeney sabía que debajo de su chaqueta de piel tenía unos músculos firmes. Más que eso. Tenía cerebro y corazón.

—Éste va a ser duro, Dallas.

—Ya me he dado cuenta de eso. ¿Quién es la víctima?

—Sharon DeBlass, la nieta del senador DeBlass.

Ninguno de los dos nombres le decía nada.

—La política no es mi fuerte, Feeney.

—Un caballero de Virginia, extrema derecha, dinero antiguo. La nieta dio un giro brusco unos años atrás y se trasladó a Nueva York. Se convirtió en acompañante con licencia.

—Era una puta.

Dallas echó un vistazo al apartamento. Éste había sido decorado con un obsesivo gusto por lo moderno: cristal y cromados, hologramas en las paredes, el fondo del bar de un potente color rojo. La enorme pantalla de detrás del bar mostraba unas formas ondulantes que se mezclaban y se diluían en unos fríos colores de tono pastel.

Pulcra como una virgen, pensó Eve, y fría como una puta. Ninguna sorpresa, dada la elección inmobiliaria.

—La política hace de todo esto un tema un poco delicado. La víctima tenía veinticuatro años, una hembra caucásica. La palmó en la cama.

Eve se limitó a levantar una ceja.

—Suena poético, ya que la compraban en ella. ¿Cómo ha muerto?

—Éste es el siguiente tema. Quiero que lo veas tú misma.

Mientras atravesaban la habitación, cada uno cogió una delgada bolsa. Se roció con un spray el dorso y las palmas de las manos, así como los dedos, para aislarlos y no dejar ninguna marca. En la puerta, Eve también se roció con un spray la parte baja de las botas para no llevarse con ellas ninguna fibra, ningún cabello ni ningún resto de piel.

Eve estaba alerta. En circunstancias normales, habría habido dos investigadores más en la escena del crimen, con grabadoras tanto de sonido como de imagen. Los forenses habían estado esperando con su habitual impaciencia burlesca para barrer la escena.

El hecho de que solamente hubieran asignado a Feeney con ella significaba que estaban a punto de pisar terreno minado.

—Cámaras de seguridad en el vestíbulo, en el ascensor y en los pasillos —comentó Eve.

—Ya he etiquetado los discos. —Feeney abrió la puerta de la habitación y la dejó entrar a ella primero.

No era bonito. Para Eve, la muerte nunca era una experiencia ni pacífica ni religiosa. Era un final repugnante, indiferente a la santidad y al pecado. Pero ésta causaba conmoción, como un escenario deliberadamente montado para resultar ofensivo.

La cama era enorme, y tenía lo que parecían ser genuinas sábanas de satén del color de los melocotones maduros. Unos focos pequeños y suaves iluminaban el centro de la cama. Allí, una mujer desnuda se encontraba acogida por la suave hendidura de un colchón de agua.

El colchón efectuaba unos obscenos movimientos ondulatorios al ritmo de la música que fluía desde la cabecera de la cama.

Era una mujer bonita, con un rostro ovalado, una cascada de un encendido cabello rojo y unos ojos de color esmeralda que miraban, vidriosos, hacia el espejo del techo. Sus largas piernas, de un lechoso tono de piel blanco, evocaban imágenes de *El lago de los cisnes* con el suave movimiento que el colchón les infundía.

No las habían colocado con gusto, sino que las habían dejado muy abiertas para que el cuerpo de la mujer formara una equis en el centro de la cama.

Tenía un agujero en la frente, uno en el pecho y uno, que se abría de forma horrible, entre los muslos abiertos. La sangre había caído sobre las brillantes sábanas, se había encharcado en ellas, había goteado sobre ellas, las había manchado.

Incluso había salpicado las paredes barnizadas con laca,

como si fuera una macabra pintura realizada por un niño maligno.

Tal cantidad de sangre era un hecho poco habitual y ella ya había visto demasiada sangre la noche anterior como para enfrentarse a esa escena con la calma que le hubiera gustado.

Eve tuvo que obligarse a tragar la saliva y a apartar de su mente la imagen de la niña pequeña.

—¿Tienes la escena grabada?

—Sí.

—Entonces apaga esa cosa. —Eve exhaló un suspiro cuando Feeney hubo localizado los controles y hubo apagado la música. El colchón volvió lentamente a la quietud—. Las heridas —murmuró Eve mientras daba unos pasos hacia la cama para examinarlas—. Demasiado limpias para ser de cuchillo. Demasiado toscas para ser de láser.

La asaltaron recuerdos de películas vistas durante su formación, de viejos vídeos, antiguas perversiones.

—Dios, Feeney, parecen heridas de bala.

Feeney se llevó una mano al bolsillo y sacó una bolsa precintada.

—Sea quien sea quien lo ha hecho, ha dejado un recuerdo. —Le pasó la bolsa a Eve—. Una antigüedad como ésta tiene que estar entre los ocho mil y diez mil para un coleccionista legal, el doble de esto en el mercado negro.

Fascinada, Eve dio la vuelta al arma enfundada en la bolsa sobre su mano.

—Es pesada —dijo para sí misma— y voluminosa.

—Calibre del 38 —le dijo él—. La primera que he visto fuera de un museo. Ésta es una Smith & Wesson, modelo 10, acero azul. —La miró con cierto cariño—. Una pieza verdaderamente clásica, fue un elemento común de la policía hasta la última parte del siglo xx. Dejaron de hacerlas hacia el año 22, 23, cuando llegó la prohibición de armas.

—Eres un entendido en historia. —Lo cual explicaba por

qué se encontraba con ella—. Parece nueva. —La olió a través de la bolsa y percibió el olor de aceite y a quemado—. Alguien lo ha hecho con cuidado. Han disparado contra la carne —dijo para sí mientras le pasaba la bolsa a Feeney—. Una fea manera de morir, y la primera de este tipo que he visto en mis diez años en el departamento.

—La segunda para mí. Hace quince años, en el Lower East Side, una fiesta se les fue de las manos. Un tipo disparó a cinco personas con una 22 antes de que se diera cuenta de que no era un juguete. Un infierno.

—Diversión y juego —murmuró Eve—. Investigaremos a los coleccionistas, a ver a cuántos podemos localizar que posean una como ésta. Alguien tiene que haber comunicado un robo.

—Tendrían que haberlo hecho.

—Es más probable que provenga del mercado negro. —Eve volvió a echar un vistazo al cuerpo—. Si ella ha estado en el negocio durante unos cuantos años, tiene que tener discos, informes de sus clientes, libros. —Frunció el ceño—. Código cinco significa que tendré que hacer el trabajo de puerta a puerta yo misma. No es un simple crimen sexual —dijo con un suspiro—. Quien lo haya hecho, lo ha preparado. El arma antigua, las mismas heridas, casi medidas con regla sobre el cuerpo, las luces, la postura. ¿Quién dio el aviso, Feeney?

—El asesino. —Esperó hasta que ella volvió a mirarle—. Desde aquí mismo. Llamó a la central. Fíjate en la cámara de al lado de la cama. ¿Ves que está enfocada a su cara? Esto es lo que apuntó. Vídeo, no audio.

—Le gusta la teatralidad. —Eve respiró hondo—. Un bastardo arrogante, un arrogante y un engreído. Tuvo sexo con ella, primero. Me juego el sueldo. Luego se levantó y lo hizo. —Levantó un brazo e imitó el gesto mientras contaba—: Uno, dos, tres.

—Eso es muy frío —murmuró Feeney.

—Él es frío. Luego arregla las sábanas. ¿Ves lo bien puestas que están? La coloca en posición, le abre las piernas y los brazos para que nadie dude de cómo se ganaba la vida. Lo hace con cuidado, casi tomando medidas, para que quede perfectamente colocada. En el centro de la cama, las piernas y los brazos igualmente abiertos. No detiene el movimiento de la cama porque forma parte del espectáculo. Deja el arma porque quiere que sepamos enseguida que no es un hombre común. Tiene ego. No quiere malgastar el tiempo y dejar que el cuerpo se descubra más tarde. Quiere que se encuentre ahora. Una gratificación inmediata.

—Tenía licencia para hombres y para mujeres —señaló Feeney, pero Eve negó con la cabeza.

—No ha sido una mujer. Una mujer la hubiera dejado de tal forma que resultara hermoso y obsceno al mismo tiempo. No, no creo que sea una mujer. Vamos a ver qué podemos encontrar. ¿Has entrado en su ordenador ya?

—No. Es tu caso, Dallas. Sólo estoy autorizado a ayudarte.

—Mira a ver si puedes acceder a su lista de clientes.

Eve se dirigió al vestidor y empezó a buscar en los cajones con cuidado. Un gusto caro, pensó. Había varios artículos de seda auténtica, el tipo de artículos que no pueden ser imitados. La botella de perfume del vestidor también era exclusiva y olía, de entrada, como el sexo caro.

El contenido de los cajones se encontraba pulcramente ordenado, la ropa interior estaba cuidadosamente doblada, los jerséis estaban ordenados según el color y el tejido. El armario era igual.

Era obvio que la víctima tenía una historia de amor con la ropa, un gusto exquisito por los mejores artículos y un cuidado escrupuloso con sus posesiones.

Y había muerto desnuda.

—Tiene registros completos —dijo Feeney en voz alta—. Todo está aquí. Su lista de clientes, sus citas, incluso su revisión médica mensual y su visita semanal al salón de belleza. Iba a la clínica Trident para lo primero y al Paradise para lo segundo.

—Ambos de primera categoría. Tengo una amiga que ahorró durante un año para poder permitirse un día en el Paradise. Hacen de todo.

—La hermana de mi mujer fue allí para su vigésimo quinto cumpleaños. Cuesta casi lo mismo que lo que costó la boda de mi hijo. Mira, tenemos su libreta de direcciones personales.

—Bien. Cópialo todo, ¿de acuerdo, Feeney? —Él silbó con suavidad y ella miró por encima del hombro. Le vio con una pequeña palm ribeteada en oro en la mano—. ¿Qué?

—Tenemos unos cuantos nombres importantes, aquí. Políticos, gente del espectáculo, dinero, dinero, dinero. Interesante, nuestra chica tenía el número privado de Roarke.

—¿Qué Roarke?

—Sólo Roarke, de momento. Mucho dinero, aquí. El clásico tipo que toca la mierda y la convierte en lingotes de oro. Tienes que empezar a leer algo más que la página de deportes, Dallas.

—Eh, leo los titulares. ¿Te has enterado de la retirada de los cokers spaniel?

—Roarke siempre es noticia —dijo, con paciencia, Feeney—. Tiene una de las mejores colecciones de arte de todo el mundo. Arte y antigüedades —continuó, observándola mientras ella se giraba hacia él—. Es un coleccionista de armas con licencia. Se dice que sabe cómo manejarlas.

—Le haré una visita.

—Tendrás suerte si puedes acercarte a él a un kilómetro y medio.

—Creo que tendré suerte.

Eve atravesó la habitación hasta la cama e introdujo las manos debajo de las sábanas.

—Ese hombre tiene amigos poderosos, Dallas. No puedes permitirte ni un rumor acerca de su relación con esto hasta que no tengas nada sólido.

—Feeney, sabes que es un error que me digas esto.

Justo cuando empezaba a esbozar una sonrisa, sus dedos tropezaron con algo que se encontraba entre la carne fría y las sábanas ensangrentadas.

—Aquí debajo hay algo.

Con cuidado, Eve le levantó el hombro y sacó la mano.

—Un papel —murmuró—. Está sellado.

Pasó el dedo por encima del plástico para limpiar la sangre hasta que pudo leer el papel:

UNA DE SEIS

—Parece escrito a mano —le dijo a Feeney mientras se lo mostraba—. Nuestro chico es más que listo, más que arrogante. Y no ha terminado.

Eve pasó el resto del día realizando aquello que, en condiciones normales, hubiera sido encargado a cualquier gandul. Interrogó a los vecinos de la víctima personalmente, grabó afirmaciones, impresiones.

Consiguió un bocadillo del mismo Glida-Grill que había estado a punto de aplastar con el coche antes, mientras conducía por la ciudad. Después de la noche y de la mañana que había tenido, no podía culpar a la recepcionista del Paradise por mirarla como si acabara de llegar arrastrándose por la acera.

El sonido de unas cascadas se elevaba musicalmente entre la flora del área de recepción del salón más exclusivo de toda la ciudad. Allí se servían unas pequeñas tazas de café de

verdad y unos delgados vasos de agua con gas o champán a quienes descansaban en los mullidos sillones o en los sofás. Los auriculares y los discos de revista de moda eran detalles complementarios.

La recepcionista estaba dotada con un magnífico pecho, una muestra de las técnicas escultóricas de la figura del salón. Llevaba un vestido ceñido y corto de color rojo, el color corporativo del salón, y un increíble peinado en el cual los mechones de cabello del color del ébano se enroscaban enrollados como serpientes.

Eve no podía sentirse más complacida.

—Disculpe —le dijo la mujer en un tono de voz tan modulado y vacío de expresividad como el de un ordenador—. Solamente atendemos con cita previa.

—Está bien. —Eve sonrió y casi se arrepintió de no mostrar su desdén. Casi—. Pues tendría que facilitarme una. —Mostró la placa—. ¿Quién se ocupa de Sharon DeBlass?

Los horrorizados ojos de la recepcionista se clavaron en la zona de espera.

—Las necesidades de nuestros clientes son estrictamente confidenciales.

—Seguro. —Disfrutando, Eve se apoyó con gesto simpático sobre el mostrador en forma de U—. Puedo hablar con amabilidad y discreción, como ahora, para que podamos entendernos mutuamente... ¿Denise? —Bajó la vista hasta la pequeña placa enganchada en el pecho de la mujer—. O puedo hablar en voz más alta para que todo el mundo me oiga. Si prefieres la primera opción, puedes acompañarme a una habitación tranquila y agradable donde no molestaremos a ninguno de vuestros clientes y allí puedes mandarme al operador de Sharon DeBlass, o como le llaméis.

—Consejero —respondió Denise con voz débil—. Si es tan amable de venir conmigo.

—Con mucho gusto.

Y lo fue.

Ni en las películas ni en los vídeos, Eve nunca había visto un lugar tan lujoso. La alfombra era un cojín rojo encima del cual los pies se hundían deliciosamente. Unas gotas de cristal colgaban del techo y proyectaban luz. El ambiente olía a flores y a cuerpos mimados.

Quizá no hubiera sido capaz de imaginarse a sí misma allí, pasando el tiempo mientras le untaban con cremas o con aceites, le masajeban o le esculpían, pero si algún día tenía que gastar tantas horas a causa de su vanidad, seguro que resultaría interesante hacerlo en condiciones tan civilizadas.

La recepcionista la condujo hasta una pequeña habitación. En ella, un holograma de un prado soleado dominaba una de las paredes. El tranquilizante sonido del canto de los pájaros y del murmullo de la brisa endulzaba el ambiente.

—Si es tan amable de esperar.

—Ningún problema.

Eve esperó a que la puerta se cerrara y entonces, con un suspiro de indolencia, se dejó caer sobre un sillón extremadamente mullido. En cuanto se hubo sentado, un monitor que se encontraba a su lado se encendió y en su pantalla apareció un rostro amistoso e indulgente que sólo podía ser el de un robot, todo sonrisas.

—Buenas tardes. Bienvenida al Paradise. Su belleza y su comodidad son nuestras únicas prioridades. ¿Le gustaría tomar algún refresco mientras espera a su consejero personal?

—Seguro. Café, solo, café.

—Por supuesto. ¿De qué clase lo desea? Presione la «C» en el ordenador para leer la carta.

Eve reprimió una carcajada y siguió las instrucciones. Pasó los minutos siguientes decidiendo entre las distintas opciones que, al final, redujo a «Riviera francesa» y «Crema del Caribe».

La puerta se abrió otra vez antes de que pudiera termi-

nar de decidirse. Resignada, se levantó y se enfrentó a un espantapájaros vestido con esmero.

Encima de la camisa fucsia y de los sueltos pantalones color ciruela, llevaba una bata desabrochada del color rojo del Paradise. El pelo, que flotaba hacia atrás desde un rostro dolorosamente delgado, hacía juego con el tono de los pantalones. Le ofreció la mano a Eve, se la apretó con amabilidad cuando ella se la hubo ofrecido, y la contempló con unos ojos suaves, grandes, amables y oscuros, como de gamo.

—Lo siento muchísimo, agente. Estoy confundido.

—Quiero información acerca de Sharon DeBlass. —De nuevo, Eve sacó la placa y se la acercó para que la observara.

—Sí, ah, teniente Dallas. Eso tenía entendido. Ya debe saber, por supuesto, que la información sobre nuestros clientes es estrictamente confidencial. El Paradise es conocido por su discreción, además de por su excelencia.

—Y usted debe saber, por supuesto, que puedo conseguir una orden judicial, señor ¿...?

—Oh, Sebastian. Solamente Sebastian. —Hizo un gesto con una mano brillante llena de anillos—. No cuestiono su autoridad, teniente. Pero si pudiera ayudarme a conocer los motivos de su investigación...

—Estoy investigando los motivos del asesinato de DeBlass. —Esperó a que la sorpresa hiciera su aparición y valoró la conmoción que se reflejó en los ojos y empalideció su rostro—. A parte de esto, mi información es estrictamente confidencial.

—Asesinato. Dios mío, ¿nuestra adorable Sharon está muerta? Debe de tratarse de un error. —No pudo hacer otra cosa que deslizarse hasta una silla y apoyar la cabeza en el respaldo, con los ojos cerrados. El monitor del ordenador también le ofreció un refresco y él hizo un gesto con la mano otra vez. Rayos brillantes desde sus dedos enjorados—. Dios, sí, necesito un coñac, cariño. Una copa de Trevalli.

Eve se sentó a su lado y sacó la grabadora.

—Hábleme de Sharon.

—Un ser maravilloso. Físicamente, impresionante, por supuesto, pero iba más allá. —Su coñac apareció en la habitación encima de un silencioso carrito automático. Sebastian cogió la copa y tomó un largo trago—. Tenía un gusto impecable, un corazón generoso y una inteligencia penetrante.

Dirigió los ojos de gamo hacia Eve de nuevo.

—Hace sólo dos días que la vi.

—¿Motivos profesionales?

—Ella tenía una cita a la semana con carácter permanente, de medio día. Para cualquier otra ocasión dedicaba un día entero. —Sacó un pañuelo de un amarillo mantecoso y se secó los ojos con él—. Sharon se cuidaba, creía firmemente en la importancia de la propia imagen.

—Eso debía de ser un activo en su línea de negocio.

—Naturalmente. Ella sólo trabajaba para divertirse. El dinero no era una necesidad especial, dada la procedencia familiar. Disfrutaba del sexo.

—¿Con usted?

Ese artístico rostro adoptó una expresión ceñuda, los rosados labios dibujaron un gesto protuberante que podía ser tanto un puchero como una mueca de dolor.

—Yo era su confidente, su consejero y su amigo. —Sebastian se incorporó, rígido, en la silla y se colocó el pañuelo sobre el hombro con un gesto descuidado—. Hubiera resultado poco discreto y poco profesional para ambos convertirnos en compañeros sexuales.

—¿Así que usted no se sentía sexualmente atraído hacia ella?

—Resultaba imposible para cualquiera no sentirse atraído sexualmente hacia ella. Ella... —hizo un gesto grandilocuente— emanaba sexo como otros emanan el aroma de un perfume caro. Dios mío. —Tomó otro tembloroso sorbo de

coñac—. Todo esto pertenece al pasado. No puedo creerlo. Muerta. Asesinada. —Volvió a dirigir la mirada a Eve—. Dijo asesinada.

—Eso es.

—Ese barrio en que vivía... —dijo, triste—. No permitía que nadie le hablara sobre la posibilidad de trasladarse a un lugar más aceptable. Le gustaba vivir al límite y hacer ostentación de ello ante su aristocrática familia.

—¿Ella y su familia no se llevaban bien?

—Oh, no, en absoluto. A ella le encantaba escandalizarles. Era un espíritu tan libre, y ellos tan... vulgares. —Lo dijo en un tono que indicaba que ser vulgar era un pecado más mortal que el asesinato—. Su abuelo continúa presentando proyectos de ley para ilegalizar la prostitución. Como si el siglo pasado no hubiera sido una prueba suficiente de que este tipo de asuntos tienen que ser regulados por cuestiones de salud y de criminalidad. Además, está en contra del control de natalidad, del cambio de sexo, de los equilibrantes químicos y de la prohibición de armas.

Eve aguzó el oído.

—¿El senador se opone a la prohibición de armas?

—Es una de sus rabetas. Sharon me contó que posee una buena cantidad de horrosas antiguallas y que acostumbra a manifestarse a favor de ese viejo asunto del derecho de llevar armas. Si se saliera con la suya, volveríamos al siglo xx, nos asesinaríamos los unos a los otros por todas partes.

—El asesinato todavía existe —murmuró Eve—. ¿Mencionó alguna vez a algún amigo o a algún cliente que se hubiera mostrado poco satisfecho o abiertamente agresivo?

—Sharon tenía docenas de amigos. Ella atraía a la gente como... —buscó una metáfora apropiada y, haciendo uso de un extremo del pañuelo, continuó—, como una flor exótica y fragante. Y sus clientes, por lo que sé, estaban todos encantados con ella. Sharon les sometía a un detenido estudio pre-

vio. Todos sus compañeros sexuales debían cumplir unos requisitos determinados. Aspecto, intelecto, procedencia social y habilidad. Tal como he dicho, disfrutaba del sexo, en todas sus múltiples formas. Ella era... atrevida.

Eso coincidía con los juguetes que Eve había descubierto en el apartamento. Las esposas de terciopelo, los látigos, los aceites olorosos y los alucinógenos. Lo que oyó en los auriculares de sonido virtual le había provocado una conmoción a pesar de su agotado sistema.

—¿Se relacionaba con alguien a nivel personal?

—De vez en cuando había algunos hombres, pero ella perdía el interés rápidamente. Hace poco que habló de Roarke. Le había conocido durante una fiesta y se sintió atraída. De hecho, iba a verle para cenar la misma noche del día en que vino a la consulta. Quería algo exótico porque iba a cenar a México.

—A México. Eso debió de haber sido la noche antes de la última.

—Sí. No dejaba de hablar de él. Le dimos un toque gitano al pelo, y un toque más dorado a la piel: un trabajo de cuerpo completo. Un rojo atrevido para las uñas y un encantador tatuaje temporal en la nalga izquierda de una mariposa de alas rojas. Cosméticos de veinticuatro horas, para que no se le corrieran. Estaba espectacular —dijo, y arrancando unas lágrimas, continuó—: Y me besó y me dijo que esa vez quizá estaba enamorada. «Deséame suerte, Sebastian», dijo, y se marchó. Fue la última cosa que me dijo.